



**VANESSA
ROMERO ROCHA**
 @vannessarr



*Sobre los hombros del gigante,
el Verde confunde su sombra y se
asume colosal. Las memorias de
la traición son presagio de ella.*

El tucán es cuervo

No extraña a nadie; quien cría cuervos, terminará sin ojos.

Un senador del Partido Verde –pupilo del antihéroe Salinas Pliego– de la mano del coordinador nacional del tucán –expulsado del peñismo por acusaciones criminales– tildan a Morena de *nido de ratas*.

El ladrón se afirma robado.

Petulantes por el súbito vértigo, el Verde fantasea con obtener, en solitario, buena parte de las gubernaturas que se disputarán en el país dentro de dos años.

Pomposa vanidad.

Refugiados en el albergue del guinda, los novatos –que sirve aquí como sinónimo de verde– aseguran que pueden teñir Zacatecas, San Luis Potosí, Guerrero y Tamaulipas de su color.

Para medir la fragilidad de su pretendida fuerza, planteo que el partido bisagra apenas aportó a Morena un 8 por ciento de los sufragios en la causa presidencial. Si bien fue útil al movimiento en escasas regiones de menor influjo, su debilidad quedó revelada en las diputaciones de mayoría relativa: no conquistó ni un desolado distrito.

Sin importar aquello, aupado en caballo transformador, el Verde incrementó en seis puntos la votación obtenida en el sexenio obradorista. Además –gracias a disposiciones y criterios legales que otros tachan de herejía– el tucán se elevó hasta un número considerable de legisladores que volando sin parva-

da jamás habría alcanzado.

Morena cumplió al buen ladrón su promesa.

De haber sido la antepenúltima fuerza electoral en la elección presidencial, hoy el Verde se muestra como la tercera fuerza política en ambas Cámaras.

El Verde es un pigmeo que –montado en los hombros del gigante– confunde su propia sombra y se asume colosal.

Para colmo, el PVEM –un partido con más descrédito que prosélito– recibe millones de financiamiento público calculado sobre sufragios prestados.

La consulta sobre recortar dinero a los partidos, lanzada por la Presidenta semanas atrás, no redundará en favor del vividor. La prueba de fuego de una reforma electoral que pretenda mejor representarnos, pasará por decidir qué hacer con partidos como el Verde –y algunos otros– que a nadie interpelan.

Lo que Morena ha ordeñado del partido expulsado de la organización mundial de partidos ecologistas tampoco es un misterio: sin su comparsa no habría reformado la Constitución como quien pasea por el parque. Ese respaldo cuesta caro.

Además, el Verde ha servido como vertedero de incómodos aliados.

Las memorias de la traición son presagio de ella. El PVEM ha sido infiel antes y volverá a pecar: abandonó a Cuauhtémoc Cárdenas, a Fox, a Meade y a la propia causa ecologista.

Es en esa ingratitud en donde descansa el raciocinio del artículo constitucional que impide la superepresentación por partido y no por coalición: los satélites terminan desorbitando.

Para Morena tampoco será la primera ocasión en que Pilatos se lave las manos. El primer revés llegó con la reforma contra el nepotismo que el Verde se negó a respaldar para proteger el empeño del gobernador Ricardo Gallardo de imponer a su propio Dato Protegido en la silla grande potosina. Cuán sencillo es aferrarse al nepotismo para aquel que sabe que le está vedada la decencia.

No siendo suficiente aquello, el tucán codicia prestar sus alas al vuelo de Saúl Monreal en Zacatecas –hermano del Judas por excelencia– y de Félix Salgado Macedonio en Guerrero –el cacique que ni las acusaciones de acoso lograron borrar–. No alcanza esta pluma a discernir si la intención del Verde es miope o rito funerario.

Más pronto que tarde, el electorado reclamará a Morena congruencia: perderla –lo mismo que echar al PVEM– implicará prescindir de valiosos votos.

Lo cierto es que los sufragios que nacen de la confianza popular merecen un destino más noble que el pico de unos cuantos comepeces.

Cuervos que –de atenerse a su esencia– a todos terminarán por cegar.